
ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

EL ARZOBISPO.—LA INQUISICION.—LA DEGRADACION.

I

Está el Arzobispo Fonte
Sobresaltado en su asiento,
Que espera el fin de la causa
Mandada hacer á Morelos.
Frotábase la cabeza
Desquiciando el solideo;
Oprimia con su labio
Impaciente el pulgar dedo,
Y del más ligero ruido
Parece estar en acecho.
Nombró á los de más confianza
Para formar el proceso:
Al Marqués de Castañiza,
De Durango Obispo electo;

Beristain, doctor flexible,
 Prestigitador soberbio,
 Encanto de los serviles,
 Personaje joco-serio,
 De quien mucho tengo hablado
 Y á quien mucho conocemos;
 Sarria, Gamboa, Fernández,
 Altas lumbreras del clero,
 Del Rey esclavos sumisos,
 De cortesanos modelo.
 Despues de maduro exámen
 Y discursos académicos
 Empedrados de latines
 Que alarmaron al infierno,
 Y teniendo muy presente
 El Gran Concilio de Trento,
 En su capítulo cuarto
 Párrafo décimotercio,
 Unánimes en sus votos,
 Implacables decidieron:
 "Privarle del beneficio
 "A su carácter anexo,
 "Conforme al Santo Concilio,
 "Degradándole primero,
 "Y en las manos de Calleja
 "Entregándole bien preso,
 "Impetrando su clemencia
 "Con el de estampilla ruego."

II

La Inquisicion entretanto
 Levantaba el ronco acento
 Pidiendo ardiente y resuelta
 Le entregasen á Morelos,
 Como cansada pantera
 Que al mirar su presa huyendo
 Se sacude enfurecida
 Lanzando agudos lamentos.
 Al fin se le otorga plazo
 Para formar el proceso,
 Y auto de fe se convoca,
 De los beatos con contento,
 Que sueñan quemado vivo
 Como hereje al gran Morelos.

III

Ved el salon augusta, horror y espanto
 Del hereje procaz y del judío:
 Contemplad de la cólera divina
 De hielo y sin entrañas los ministros.
 Negros los trajes, amarillo el rostro,
 Mano huesosa y ojos cual de vidrio,
 Bajo negro dosel están sentados;
 En la mesa se mira el Santo Cristo,

Cayendo en él siniestros resplandores
 De la flama temblante de los cirios.
 En apiñadas bancas se contempla
 Ansioso y mudo el popular gentío,
 Ocupando los puestos eminentes
 Soberbios personajes distinguidos,
 Ostentando sus plumas y entorchados
 Y sus altos y nobles distintivos.
 De Flores Alatorre y Monteagudo
 Son bajo del dosel los altos sitios,
 Y del Fiscal Tirado y sus secuaces
 Los más humildes y de ménos brillo.
 Al frente de la mesa, aislado, solo,
 Sin cojin ni respaldo, está vacío
 El banquillo del reo, á quien se espera
 Como una aparicion, como un prodigio.
 No sé qué de siniestro hay en el aire,
 Ni sé qué hay de terror en el recinto:
 El acento apagado de las voces,
 El silencio profundo, el triste brillo
 De la llama oscilando en luz de dia,
 La cruz en alto, de la cera el ruido,
 Y las momias vivientes de los jueces,
 De boca desdentada y ojos fijos
 Todo era de conflicto para el alma
 Y derramaba de la muerte el frio
 De pronto gime la escondida puerta
 Que disimula el muro, y de improvisó

Se destaca Morelos en la sombra,
 Noble y sereno, impávido y tranquilo.
 Sordo rumor corrió por el concurso
 A la vista del héroe, conmovido.
 Viósele entónces de sotana corta,
 Sin cuello, y de ridículo vestido,
 Para añadir la mofa á los tormentos
 Y el odio exacerbar con el ludibrio.
 Morelos asentóse indiferente,
 Como de sí olvidado, en el banquillo,
 Y al cuestionario inícuo de la causa,
 Arrogante, Tirado dió principio.
 Morelos contestó grande y sublime,
 Con su voz aplastando á sus esbirros,
 Haciendo su apoteósis la grandeza
 De sentimientos á que daba abrigo.
 Terminado el proceso, hondo silencio
 Reinó, y entónces en su mismo sitio,
 Puesto el fiscal de pié, la atroz sentencia
 Pronunció con acento vengativo.
 Dice: "que fué traidor á Dios y al Papa,
 "Que lo declara *hereje negativo*,
 "Que asistiera con cuello y vela verde
 "Al auto, describiendo su vestido.
 "Que se destierre al África, si acaso
 "Por un milagro lo dejara vivo,
 "Y que en la Santa Catedral se fije
 "Unido con su nombre un sambenito."

Concluida la sentencia, le forzaron
 A abjurar de rodillas sus delitos
 Y entonces aparecieron unos monstruos
 Engendrados en cieno y en abismos,
 Y con terribles varas destrozaron
 La piel del impertérrito caudillo.
 ¡Oh Inquisicion! ¡oh tiempo! ¡Oh Dios eterno!
 ¿Con qué nombre llamar á los bandidos
 Que en complot de ignominia con los tronos
 Pretendieron llamarse tus ministros?

Abrióse inesperada la capilla
 Del fondo del salon, y prevenido
 Se encontraba el Obispo de Oaxaca
 Severo y arrogante, y todo listo
 De la degradacion para el gran acto,
 Prólogo de la infamia y el martirio.
 Pero ¿por qué apurar gota por gota
 Este de mi alma bárbaro suplicio?
 ¿Por qué asistir al triunfo de los buitres,
 Y al triunfo del verdugo y del esbirro?
 El gran Morelos resistió impasible
 La mofa, el odio, el insistir impío
 En su ignominia, y sólo cuando audaces
 Y calumniando al Hacedor Divino
 Le rayeron las manos, conmovióse,
 Y relámpago de ira repentino
 Encendiendo terrible su mirada,
 Hizo palidecer á los esbirros.

Terminó la funcion, los concurrentes
 Dejaron sus asientos sin ruido,
 Y al reo le cercaron los soldados
 Para llevarle á la prision solícitos.
 Era el coronel Concha su custodio,
 Mendívil le acompaña por oficio
 Como Mayor de plaza, y fué nombrado
 Don Alejandro Arana, hombre expedito,
 Para ser Secretario en esta causa
 Hasta que cumpla el reo su destino.

ULTIMO ROMANCE DEL GRAN MORELOS.*

I

¡Oh qué triste es al viajero
Que va incierto en su camino,
Y que toda su esperanza
Tiene del sol en el brillo,
Para encontrar refrigerio
Y esquivar los precipicios,
Verlo correr á Occidente,
Ver tras los montes su disco,
Verlo espirar en las sombras
Y en ellas quedar perdido.
Así con trémulo paso
Al grande Morelos sigo,
Y miéntras más sus grandezas
Tierno y reverente admiro,
Más los pesares me envuelven
Y más lamento al destino.

* Véase la nota puesta al pié de la pág. 317.

Estaba en la Ciudadela
 Con centinelas y grillos:
 Espiaban sus pensamientos
 Y contaban sus suspiros.
 Érase un derruido cuarto
 Con el pavés de ladrillos,
 Con las paredes desnudas,
 Húmedo, lóbrego y frío,
 Con apartada ventana
 De opacos y rotos vidrios.
 Un mal catre, una mesilla
 De tosco y grosero pino,
 Silla de plebeyo tule
 Y de dudoso equilibrio,
 Era todo lo acordado
 Al eminente caudillo.
 Mil curiosos le acechaban
 Entrando algunos furtivos,
 Ya á gozarse en su desgracia
 Insolentes y malignos,
 Ya á prodigarle atenciones
 Corteses y compasivos.
 Y él, con todos generoso,
 Siempre afable y siempre digno,
 Daba á la injuria el desprecio
 Y á la bondad el cariño
 El Virey sigue la causa
 Cada instante más activo,

Contemplando la demora
 Doquier sembrando peligros.
 El veintiuno de Diciembre
 Concha previene al cautivo
 Para que escuche de hinojos
 La sentencia del suplicio.
 La oye el reo de rodillas,
 Que es por la ley lo prescrito,
 Cercado de bayonetas
 Y circundado de esbirros
 Sabe que al tercero día
 Irá en busca del patíbulo,
 Y lo oye todo en tal calma
 Y con ceño tan tranquilo,
 Que fué admiracion y asombro
 De sus propios enemigos.

 II

Cierra sus ojos la noche
 De espanto de ver el día
 Que anuncia crueles tormentos
 Y proclama hondas desdichas.
 En la espaciosa calzada
 Que le llaman de la *Villa*,
 Bajo de álamos frondosos
 Y entre llanuras tendidas,

Reluciendo limpios lagos
 Entre yerbas amarillas.
 Alzando nubes de polvo
 Puede distinguir la vista
 Un coche, que va cercado
 Por tropa dispuesta y lista,
 Que más á librar batalla
 Que como escolta camina.
 En el coche van tres gentes;
 Dos de mármol parecían,
 Otro era el grande Morelos,
 Cuya mirada tranquila
 En el espacio infinito
 De lo inmortal discurria.
 Cuando llegan al Santuario
 Quiere hincarse de rodillas,
 Creyendo que en aquel punto
 Se despide de la vida
 Concha le brindó alimento,
 Hace alto la comitiva,
 Y miéntras se desayuna,
 Dulce y afable platica
 Él, que en el hablar sesudo
 Mucho y muy bueno sabia.
 Una voz grita: "adelante"
 Y al frente de una capilla
 Que se llama del *Pocito*,
 Del Santuario á la salida,

"Vamos á morir," se dice;
 Pero ve que se camina
 A do Ecatepec levanta
 La delgada torrecilla.
 Era un pueblo al que llamaban
 Morada de la ictericia,
 Con tristes casas de piedra
 Y alguna notable finca;
 Cercas, árboles dispersos,
 Aridez desnuda y fria,
 Llanuras como desiertos
 Y cerros en perspectiva,
 En donde espinos y peñas
 De mirarse se contristan.
 En un pajar descuidado
 A Morelos se confia
 A su guardia numerosa
 De terror sobrecogida.
 Se hace una señal, el preso
 La capa á sus hombros quita,
 Y arrastrando de sus grillos
 Las dos cadenas macizas,
 Con respirar fatigado,
 Pero con la frente erguida,
 Oyó al oficial que dijo:
 "Aquí," y su espada indecisa
 En la tierra y junto al muro
 Trazó la insegura línea.

"Aquí me he de hincar?"—pregunta
 Morelos,—y de rodillas
 Sintió á su espalda á la muerte
 Con indiferencia fria.
 "¡Fuego!" grita un rudo acento,
 Una voz enronquecida,
 Y cae el héroe, y su sangre
 Brota por anchas heridas,
 Pero entero, amenazante,
 Con luz siniestra en la vista,
 Se mueve, poniendo espanto
 En todos los que le miran.
 Entónces, fieros soldados,
 Como rabiosa jauría
 Que al ser herida la fiera
 Sobre ella se precipita,
 Le asestan otra descarga;
 Y están en expectativa,
 Como creyendo imposible
 Que se extinguiese tal vida.
 Pero se extinguió, brotando
 En tu cielo, Patria mia,
 Sol de gloria indeficiente
 Con su memoria bendita.

ROMANCE DE ITURBIDE.

SALVATIERRA.

Salvatierra está en la altura
 Y á sus plantas pasa el rio
 Chocando en rocas y piedras
 Que le estorban el camino.
 A su entrada se alza un puente,
 No airoso, pero macizo,
 Donde Rayon se hizo fuerte
 Ocupando San Francisco.
 Era el dia que recuerda
 La muerte de Jesucristo;
 E Iturbide, segun cuentan,
 Dizque con jactancia dijo:
 "*Quiero matar insurgentes*
 "*Para hacerme á Dios propicio.*"
 Acomete furibundo,
 La lucha empeña con brío,
 Y es rechazado; mas torna

Impetuoso y decidido,
 Atacando al arma blanca
 Incontenible y bravío.
 Rayon vacila, sus tropas
 Forman recio remolino,
 Entre torrentes de sangre,
 Moribundos y vencidos.
 Es furia, es llama, es torrente
 Iturbide, cuyo grito
 Era en medio á la batalla
 Y del bronce al estampido:
 “*Bajen los excomulgados*
 “*A los profundos abismos.*”
 Y cuando tras la matanza
 Sobreviviendo sus ímpetus
 Se vuelve á los prisioneros
 Que piden piedad rendidos,
 Ordena se les fusile,
 Y á los reiterados tiros,
 Revolcándose en su sangre
 Quedan en tierra tendidos

Calleja supo la hazaña,
 Y lleno de regocijo,
 De Coronel con la banda
 Le dió el premio merecido;
 Y se llamó de Calleja
 El bravo y el favorito.

Mas los trescientos patriotas
 Que sufrieron el suplicio
 En hecatombe espantosa
 Al vireinato ofrecidos,
 Del Puente de Salvatierra
 Perpetuarán el martirio
 Proyectando negras sombras
 En torno del *asesino*.
